

Sr. rector de la Universidad Rafael Landívar, señores decanos y equipos facultativos, señores docentes, gestores académicos e invitados:

Me honra darles la bienvenida en esta significativa ocasión, el Día del Docente Landivariano, y desde ahora deseo agradecer a nuestros docentes su presencia y manifestarles el aprecio que les extendemos por su paciente labor que resulta fundamental para cristalizar el proyecto educativo de esta casa de estudios. Conocemos su dedicación, su esfuerzo, su generosidad que surgen de una vocación hacia la educación afianzada por su conducta cotidiana, ejemplar dentro y fuera del aula.

Es día de celebración de un docente muy preciso: el docente landivariano. Reparemos en que “landivariano” es un término que califica y particulariza. Indica que nuestro docente tiene un perfil muy bien delineado e insertado en un proyecto educativo fundado en una sólida misión que trasciende el recinto universitario para proyectarse al país. A nuestros futuros profesionales los encaminamos hacia una sólida preparación profesional y ética, a través de la formación integral realizada con metodologías interactivas y creativas. Por tanto, el docente landivariano tiene un sello inconfundible: a su vocación de maestro une una misión de servicio, formando en valores esos “hombres y mujeres para los demás”.

Lo que esta universidad se propone es lo que toda institución de educación superior debería fomentar: la conciencia crítica del estudiante. Sus docentes acompañantes le orientarán para que, según sus propias capacidades, intereses y sueños, formule su propio proyecto de vida articulado con el proyecto de proyección social institucional. En otras palabras, que le dé sentido a su vida, al tener muy clara su misión sustentada sólidamente en valores éticos de raíz cristiana.

Actualmente, la educación superior resulta cada vez más masificada, de calidad dudosa e incontrolada y sobre todo, comercializada. A lo sumo, se ofrece competencia profesional, pero de manera descontextualizada, carente de formación ética. Una universidad jesuita nunca ha sido ni podría ser neutra, pues, por una parte ha cuidado siempre la calidad académica, y por otra, se propone la humanización plena de la persona, incidiendo así con su palabra y sus egresados en la construcción de los cambios que la sociedad necesita.

Ciertamente la preparación disciplinar es importante porque en principio es la labor sustantiva de una universidad: formar profesionales altamente calificados. Pero esto no es suficiente. Sería una formación parcial o peor, mutilada en sus potencialidades, ya no

digamos en sus responsabilidades. Una universidad no es un ente ajeno a la realidad de su contexto histórico, y aunque en parte está determinado por el mismo, tiene la capacidad –y la responsabilidad- de reaccionar y no dejarse llevar pasiva –y cómodamente-, por las corrientes a la moda. Tiene algo que decir y proponer para propiciar los cambios necesarios al desarrollo sustentable que nos haga salir de un atraso crónico sumido ahora en una posmodernidad abriantada, pero siempre periférica. Sus funciones de investigación y aprendizaje persiguen crear agentes de cambio, no profesionales mediocres o conformistas. La educación que proponemos, entonces, lleva como fin último humanizar a nuestros estudiantes, -o sea que desarrollen la capacidad de sensibilizarse, sobre todo, ante los excluidos y actúen de consecuencia-, y que como futuros profesionales, humanicen el contexto que les espera vivir. Que le den el toque de dignidad que falta. Cito a este propósito palabras del P. Kolvenbach,: “Todo saber resulta vano e improductivo en el sentido cristiano, si no transforma a los hombres y mujeres formados en la Universidad en personas que ponen su disponibilidad y talentos a la disposición de los otros, preferentemente de aquellos que sufren.”

Si el proyecto landivariano está formulado alrededor de la dignidad de la persona, es coherente que su modelo educativo esté en la misma sintonía. Se parte de la afirmación de que toda persona es merecedora de respeto y cuidado por el mismo hecho de serlo. Tratamos con personas y no con números de carné. Y por otra parte, el estudiante debe reconocer en el docente a un formador que le acompaña y no a un ser lejano y autoritario.

Dentro de los elementos característicos de la pedagogía ignaciana se encuentra lo que se llama *cura personalis*, que no es más que la manifestación del genuino interés y cuidado por el otro. Podríamos recurrir también a la afirmación bíblica del “ama a tu prójimo como a ti mismo”, en el sentido de que ambos sujetos comparten algo tan valioso y respetable como la sacralidad de la vida. De estas aseveraciones se deriva el concepto de “dignidad de la persona”, que aplicado a la educación jesuita constituye un rasgo diferenciador, y que según definición del P. Kolvenbach se refiere a: “la atención dada a cada uno de los estudiantes, el cuidado de la persona, de la personalidad”.

Recordemos que al ser un proceso centrado en la persona, hay que remarcar que la relación entre estudiante y docente debe ser de cordial respeto, ya que este debe acompañar y orientar, nunca imponer o lastimar, ya que el docente constituye el modelo profesional y

humano que opera como ejemplo para el estudiante. El docente será el acompañante del estudiante hacia un proyecto de vida liberador al máximo de todas sus potencialidades - según indica el Magis-, para alcanzar la plenitud. Es un proceso de maduración gradual e involucra todos los niveles del estudiante como persona: intelectual, físico, emocional, creativo, espiritual y demanda que el estudiante adopte una conducta activa y participativa. Constituye una especie de apasionante viaje de aventuras que implica vencimiento de obstáculos, descubrimiento de posibilidades, concluyendo con la transformación. Al final, el estudiante no será -no podría ser-, el de los primeros años. Aun así, el proceso idealmente no terminaría con la graduación, ya que debería constituir una educación para toda la vida. Solo si el docente se acerca al estudiante motivado por un interés real, carente de prejuicios o indiferencia, así lo percibirá el estudiante. Es la única manera para instaurar un diálogo formativo. De esta manera, hará surgir lo mejor del joven, instándolo a huir del facilismo intelectual, de la indiferencia hacia los demás y de la superficialidad tan barata hoy en día, inclusive globalmente.

La *cura personalis* inició con modalidades de tutorías personalizadas que ahora no siempre resultan factibles en todos los casos, debido al crecimiento de la población estudiantil y las limitaciones presupuestales. Pero acaso utilizando modalidades grupales reducidas, recursos tecnológicos, capacitando tutores, u otros medios que como reto se lancen a la creatividad de los docentes, se podría realizar de la mejor manera posible.

Lo que siempre hay que tener presente, insisto, es que se trata de crear el acercamiento para propiciar el descubrimiento de sí mismo y orientar al joven a su madurez y autonomía. Esta atención se logra mediante la construcción mutua, el diálogo y no la prédica, el acompañamiento y no la frialdad, enmarcados en los rasgos de la pedagogía ignaciana como la contextualización, la experiencia, la reflexión, la acción, la evaluación y retroalimentación. Al final, acompañante y acompañado se enriquecerán mutuamente y será un aprendizaje compartido.

Conformamos todos una comunidad que lleva adelante un proyecto. Al constituir la universidad un sistema y adoptar la forma de una estructura, el docente puede tejer otras interrelaciones: como colaborador y como colega, de manera que también estas relaciones merecen nuestra atención y cuidado ya que también están centradas en la persona. En el caso de los docentes gestores, porque tienen que cuidar el bienestar del personal a su cargo

para reforzar un clima laboral armónico donde las presiones se diluyan o mejor aún sean mínimas, ya que la carga es pesada. Y esto se logra actuando equilibradamente con previsión: desde una imparcial selección del personal a su cargo, su orientación y seguimiento, lo que hará que los objetivos confiados sean más fáciles de alcanzar. Cuando la relación sea entre colegas, es conveniente crear espacios comunes de reflexión, intercambio de prácticas exitosas, actualización profesional, y por supuesto, también de convivencia fraterna que hará que los inevitables roces humanos se limen. Al final, démonos cuenta de que todos perseguimos la misma meta.

El momento actual de terrible crispación que vivimos en nuestro país, indudablemente no facilita esta compleja tarea, pero tampoco la impide. Más bien, lanza un reto a la institución. Lo peor que se podría hacer es reproducir los modelos de autoritarismo, corrupción, violencia e irrespeto que vemos cotidianamente. El desafío reside en vencer ese monstruo con las armas que nos son propias: el conocimiento y los valores. Parece utópico, pero rehusamos rendirnos ante la distopía. O cerrar los ojos anestesiándonos. Esta actitud sería ajena a un colaborador de veras identificado institucionalmente.

Por último, lo primero. El cuidado empieza desde, por y para ustedes mismos. Apréciense porque valen mucho, porque su labor es importante, porque cuentan con nuestro apoyo. Son ustedes los líderes de este proyecto que hemos depositado en sus manos y que con su trabajo y ejemplo cotidianos sabrán germinarlo. Entre un medio espinoso y el joven, pueden ser un soplo de viento que impulse las velas desplegadas de la nave donde este zarpa desde el presente hacia el futuro.

*(Discurso de la vicerrectora académica, Dra. Lucrecia Méndez de Penedo, en el Día del Docente Landivariano, 18 julio, 2014, Cafetería Central, Campus Central URL)*

